

NOVELA FOX

13

Sirena de Cabaret

Maria Casajuana
Lionel Barrymore Warren Burke



La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.

Barcelona Tel. 18551

Año I N.º 13

Sirena de Cabaret

Emocionante novela, interpretada
por MARTA ALBA (MARÍA CASAJUANA),
WARREN BURKE, LIONEL BARRYMORE, etc.

SUPERPRODUCCIÓN «FOX»

Exclusiva de

Hispano Fox Films, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona



SIRENA DE CÀBARET

Argumento de la película

Ashon era una típica ciudad americana de negocio y viciosos placeres, alborotada por bulliciosa y descarrriada juventud.

Un proceso sensacional tenía preocupados a todos los ciudadanos quienes comentaban sin cesar el incierto fallo que iba a dictarse.

—¡Nada de falsa piedad! — decía uno. El jurado debe hacer un escarmiento condenando a ese joven.

—Para mí es más culpable el padre que el hijo. Si le hubiera atado corto no pasaría ahora por este trance — exclamaba otro vecino.

Y así, de una parte a otra de la ciudad, aquel proceso estaba a la orden del día.

¿Culpable? ¿Inocente?

Los diarios de aquella mañana publicaron en grandes titulares esta noticia:

EL PROCESO LARRY GRAYSON LLEGA A SU FASE MAS CULMINANTE

HOY SE SABRÁ EL VÉREDICTO

Espérase con ansiedad el fallo del jurado en la sensacional causa seguida contra el hijo del millonario Grayson, acusado del asesinato de José Brown, dueño del Cabaret Silver Cavern. El joven insiste en su inocencia y la defensa entabla hoy la lucha definitiva para salvarle.

Una gran multitud que llenaba la amplia sala de audiencias se había congregado ante el Tribunal para escuchar el discurso del defensor.

Larry, el procesado, estaba abatido, con los ojos bajos, afirmando siempre su inocencia.

El abogado defensor comenzó su discurso:

—Señoras y señores del jurado: Al juzgar a mi defendido, juzgan ustedes la moderna vida familiar... Juzgan ustedes al padre y a la madre de este joven, representativos ambos de lo mejor de nuestra sociedad...

Y señaló a un hombre y a una mujer de mediana edad que parecían anonadados ante la grave situación de su hijo.

El defensor prosiguió señalando luego a una viejecita y a una hermosa muchacha:

—La abuela del procesado es una de las fundadoras de nuestra ciudad... Su hermana goza de todas las simpatías... y al propio defendido le conocemos desde niño...

Se interrumpió y paseando su mirada por los miembros del jurado siguió diciendo:

—El caso es típico del muchacho moderno. ¡Podría haber ocurrido al hijo de usted... o al de usted... o al de usted!...

Y su mano señaló a algunos de aquellos hombres del jurado ya encanecidos por la edad.

—Yo quiero evocar ante vosotros, como una verdadera novela, todo lo ocurrido en este asunto... Escuchadme. Ojalá la fuerza de los rechos tenga más persuasión que mi palabra desprovista de brillantez...

Y comenzó el relato como si leyera un capítulo de novela...

**

Unos meses antes, Larry Grayson era un muchacho feliz y sin preocupaciones.

Hijo de millonario, nada le faltaba para lograr cuanto apetecía su capricho.

Cierta noche, se preparaba para asistir en compañía de su hermana a una gran fiesta que se daba en un antiguo Colegio. Un baile de sociedad dado en honor de los exalumnos de dicha institución de enseñanza.

Vestido ya de etiqueta, Larry fué a la habitación donde su hermana esperaba el instante de salir.

—¡Qué precioso vestido, hermanita! — le dijo admirándola. — Vas a ser la reina de la fiesta!

—¿Te parezco bonita?

—¡Encantadora!

Y riendo la cogió por el talle y comenzó a dar con ella varias vueltas de charlestón...

La lámpara del piso inferior osciló ante los golpecitos de aquellos pies alocados, y la abuela, que estaba leyendo en aquella estancia, movió la cabeza con una sonrisa indulgente.

¡Loca juventud!

Los señores Grayson se preparaban para marchar también a otra fiesta, más seria y grave, como correspondía a su edad y a su prestigio.

El padre buscó en sus bolsillos y dijo al cabo:

—No se dónde he puesto las notas para mi discurso de esta noche acerca de la Conducta Moral.

Entró Larry en la estancia.

Se puso a buscar también las cuartillas de papá hasta encontrarlas bajo otros papeles.

El padre sonrió y las guardó con cuidado.

Era uno de los principales asociados de la entidad Conducta Moral que tenía como norma la integridad de las costumbres.

Entretanto había llegado ante la casa un

automóvil con varios muchachos que venían a buscar a los dos hermanos.

La hermana corrió hacia el coche mientras Larry se despedía de sus familiares y bromeaba con su amigo Jaime que acababa de subir a buscarle.

—¡Te he buscado una pareja preciosa! — le dijo Jaime, sonriente.

Larry salió, no sin que antes su padre le advirtiera, con el aire del hombre que tiene la más rígida moral por norma de su vida:

—¡Cuidadito con la bebida y el amor, Larry! No hagas nada que tu padre no baría.

—¡Pierde cuidado, papá! — dijo Larry, riendo—. Bailaré al estilo antiguo y beberé sólo limonada.

Salió de allí con Jaime llegando al cercano salón donde estaba sentada la abuelita.

Larry conocía bien las costumbres de su padre. Sabía que a pesar de toda su moral, su padre se burlaba escandalosamente de la ley seca y bebia a menudo un fuerte licor, diciendo a sus familiares que era una medicina que le habían recetado los médicos para fortalecerle.

—¿No te llevas el reconstituyente de tu padre? — le dijo Jaime, riendo.

—¡Pues no!

Y le mostró vacía una botella plana de bollillo...

—¿Llena? — dijo Jaime.

—¡Ni una gota!... Y ahora está ahí la abuelita y...

—¡Yo distraeré a la abuelita mientras te apoderas del agua para las gárgaras!

Y Jaime acercóse a la vieja y comenzando a bailar ante ella, la privó de ver lo que hacía Larry en el otro lado de la habitación.

Después inició varios juegos de manos diciendo:

—¡Observe usted mi habilidad, señora! ¡Las manos son más rápidas que los ojos!

Mientras tanto, Larry había llenado su botella con el contenido de "la medicina" de papá que estaba sobre una mesa, y para disimular, llenó luego de agua el frasco medicinal...

Pero la abuelita vigilaba y a pesar de las gracias de Jaime, logró ver la última maniobra.

—¡Larry! — le gritó—. ¡No toques la medicina de tu padre! ¡A él le conviene para la salud... mientras que a ti...!

—¡Pero, si no la he tocado, abuelita! ¡Tú ves visiones!

Y sonriendo a la vieja marchó con Jaime al automóvil donde esperaban con impaciencia los otros amigos.

La abuela cogió la botella, la olió... la miró al trasluz... Allí había agua... ¡Ah, las famosas combinaciones de Larry!

Los Grayson la sorprendieron con la bote-

lla en la mano.

—¡Vamos, madre! — dijo Grayson—. ¡Creí que había usted jurado no tocar más eso!

—¡Oh... y no es por mi culpa! Te hablo en serio, querido. Sorprendí a tu hijo cogiendo esa botella.

—¿Es posible?

Grayson quiso convencerse por sus propios ojos y puso en un vaso unos dedos de medicina.

¡Qué poco sabor! Dejándola con disgusto, exclamó:

—Tendré que cambiar de boticario. Esta medicina tiene agua.

—Si y bien sabes quien la aguó. Esto no es más que el primer paso — gritó la abuela.

—Tu madre tiene razón, Henry — dijo su esposa—. A Larry le estamos dando muchas alas.

—¡No sé por qué!... Creo que a su edad...

—Ya es tiempo de que le tires de la rienda.

—¿Por qué? Es un muchacho divertido... nada más que esto... Hay que dejarle hacer de las suyas porque eso le convertirá en un hombre mejor.

—Quiera Dios que algún día no tengas que arrepentirte de su bondad...

—Larry es bueno...

Los Grayson abandonaron la casa y la abuela quedó llena de preocupaciones, pensando que la conducta de Larry comenzaba a dejar algo que desear.



En el baile del Colegio, se bailaba a la *antigua* y no se bebia más que *limonada*.

En efecto, sólo se oían compases de charlestón y de tango, y todos los muchachos llevaban su botellita de whisky para reirse de la ley seca y del gobierno que la inventó.

Aquello resultaba un círculo muy moderno, con chicas y chicos que querían divertirse de lo lindo...

Larry encontró a la pareja que le habían destinado, una monísima muchacha rubia.

Después de bailar con ella... una burrada, como dicen los "pollo pera", salió al jardín del brazo de la linda amiga.

—¡Debes estar muy cansada! — le dijo a la ingenua—. ¡Vamos a reposar un poco!

Para reposar, Larry no encontró mejor sitio que meterse con su amiguita en uno de los automóviles que aguardaban en el jardín, pero al ir a subir a uno de ellos, abrióse una

portezaula y un puño de hombre le rechazó indignado.

¡Fuera de ahí a interrumpir coloquios amorosos!

Larry sonrió... Por lo visto, su pensamiento de descansar lo habían tenido ya antes otros ex compañeros del colegio.

Quiso subir a otro coche pero observó un letrero en la portezaula:

NO MOLESTEN

—Otra pareja? ¡Bueno, aquello era hilarante!

—Si estos románticos rincones no estuvieran todos ocupados, ya te enseñaría yo lo que es bueno! — le dijo a su amiguita.

Se dirigieron a un banco del jardín, oculto entre perfumada vegetación.

Larry sentiese audaz aquella noche y mirando apasionadamente a su amiga, le dijo:

—Voy a darte una muestra de mis tiernos procedimientos!

Y la abrazó con furia dándola al propio tiempo un beso fogoso en mitad de los labios.

Ella le rechazó furiosa abofeteándole el rostro.

—A la vista está que te sobra ternura, pero te falta vergüenza! — le dijo.

Y empujándole rudamente volvió a los salones, indignada por el poco comedimiento del joven.

Larry, disgustado por la inesperada resistencia de la muchacha, siguió paseando por el jardín.

Vió de pronto como se abría la portezaula de un automóvil y salía de él, empujado al parecer por un pie vigoroso y femenino, un joven que había, indudablemente, intentado probarse con su pareja.

Larry fué a su encuentro y Jaime, pues éste era el muchacho, le dijo:

—No he podido ni saludar siquiera a la chica del coche! ¡Qué modales se gastan hoy, mi madre!... Apenas he querido darle un beso... cuando... ¡zas!... una patadita inoportuna...

Larry sonrió.

—Supongo que te arrojó porque te pondrías demasiado pesado — le dijo.

—Estas muchachas son muy poco cariñosas... Sé de un cabaret en el que se permite todo eso... y más.

—¿De veras?

—Ya lo creo! ¡Hay allí una chica, que se llama María, que... bueno... el no va más!

—¿Qué te parece si fuéramos?

—No estaría mal! Yo soy parroquiano fijo...

Subieron a un coche y en pocos minutos se encontraron ante aquel cabaret de peor fama en la ciudad.

Los dos jóvenes penetraron en el establecimiento y Smith presentó su amigo a José Brown, el propietario, el hombre menos malo de los de su ralea.

—Un nuevo cliente, Brown! ¡Enséñale lo que es bueno!

—Me alegro de conocerle, joven... En esta

casa encontrará todo lo que necesite para olvidarse del mal humor.

Larry se fijó en una bellísima criatura que estaba en el centro de la sala... Era María, una chica, constante amenaza para la paz masculina.

Verla y quedar prendido en sus encantos fué cosa de un minuto. Avanzó lentamente hacia ella.

A una orden de Brown, un criado hizo mover un resorte y la escalinata sobre la que estaba Larry se transformó, convirtiéndose en el acto en una rampa resbaladiza y el joven fué arrastrado por la pendiente hasta el centro de la sala cayendo en brazos de María...

Los dos jóvenes simpatizaron al momento y María, perversa flor de cabaret, tomó al muchacho por su cuenta.

Bailó mucho con él; luego se sentó a una mesa bebiendo champaña y acariciándole tiernamente, haciendo poco a poco suyo el corazón de aquel chico que le parecía un ingenuo.

María pertenecía a una banda de ladrones de la que formaban parte varios sujetos de mala calaña que frequentaban el cabaret.

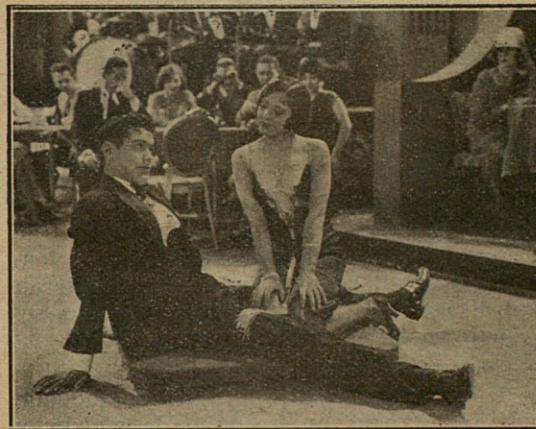
Un hombre que se hallaba en otra mesa guiñó un ojo a María... Aquella señal tenía la especial significación de que el muchacho, Larry, era pieza de oro y no debía dejarse escapar.

María comprendió bien y redobló sus cari-

cias y sus besos a Larry que se sentía transportado a un paraíso de delicias.

¡Qué chica aquella! ¡Cuánta amabilidad! ¡En nada se parecía a los necios remilgos de la rubia del colegio!

Entretanto un grupo de hombres sentado a



Los dos jóvenes simpatizaron al momento...

una de las mesas comentaba la presencia de Larry.

—Es Larry Grayson... Debemos hacérnoslo nuestro... Su padre es el dueño de los grandes almacenes de su nombre y Presidente de la Liga de Conducta Moral.

—María se encargará de conquistar a ese bobón... Nos interesa tener a nuestro lado un hombre de influencia...

Y mientras en aquel cabaret iban preparándose grandes peligros para el incauto Larry, los señores Grayson, sus padres, habían llegado al local de la Liga de Conducta Moral donde se celebraba el banquete reglamentario.

Henry Grayson era el jefe entusiasta de la Liga como valeroso exponente de toda virtud cívica.

Después de la comida le instaron a que pronunciase un discurso y aunque Grayson se negó, aceptó finalmente y dijo breves palabras.

—Señores: El vicio que actualmente amenaza a la ciudad más que cualquier otro es el de la bebida. ¡Ah! Nuestros ciudadanos nada tendrían que ocultar en el bolsillo si siguieran nuestro ejemplo. Sí, hay que ser abstemio, seco como somos nosotros.

—¡Muy bien... pero que muy bien! — dijo uno de los asociados al propio tiempo que bajo la mesa destapaba un frasquito de whisky y llenaba una copita.

Resonaron grandes aplausos y la señora del whisky aplaudió también obligando a su marido a hacer lo mismo.

Con el movimiento de las palmadas, el frasco se derramó yendo a caer su contenido precisamente sobre la rodilla de la señora.

—¡Ten cuidado, estúpido! — le susurró su

mujer al descubrir el "secreto" del marido. — ¡No lo desperdigies, hipócrita!

Grayson siguió hablando:

—Otro vicio que está tomando extraordinario incremento en nuestra ciudad es el juego.

—¡Ya lo creo! — exclamó Burke, otro "socio" —. No tienen ustedes idea de las fatales consecuencias que pueden acarrear las cartas.

Mientras tanto, en una de las habitaciones del Cabaret Silver Cavern, se hallaban reunidos varios sujetos junto a un tapete verde.

—¡Hay que telefonear a Grayson a la Liga! — dijo uno de ellos —. ¡Está retrasando el juego!

José Brown se puso al aparato y llamó a la Liga...

Un criado advirtió a Grayson que le llamaban al teléfono. Grayson interrumpió su discurso y dirigióse a la cabina.

—¡Oye, tú! — le dijo Brown —. Acaba ya con ese discurso, viejo, que los amigos te esperan...

Sonrió Grayson. —Si todas aquellas gentes de la Liga que acababan de oírle execraran el juego y el vino, supieran que él era esclavo de ambos vicios... y de otros más dulces!

Y respondió severamente ante el teléfono:

—¡Perfectamente, general! ¡Iré a esa conferencia inmediatamente!

—¡No tardes!

Brown se echó a reír y dejando el aparato, dijo luego a sus amigos:

—Sacó a relucir otra vez “el general” sin duda para que lo oyesen los de la Liga.

—¡Qué hipocritón es nuestro amigo!

—¡Hace bien! ¡Así sirve a todo el mundo y todos le estiman!

Grayson había vuelto a la mesa y se excusaba de tener que salir en el acto.

—Ustedes sabrán perdonarme... pero algunos compañeros de negocios me han llamado para que tome parte en una importante transacción.

Y abandonó la Liga.

También Burke, el caballero que había anatematizado el juego se levantó de repente y dijo a su esposa:

—¡Dios mío! ¡Olvidaba la cita que tengo con mi callista!

Y desapareció.

Grayson llegó al cabaret poco después de haber salido su hijo en compañía de María.

Los dos muchachos habían subido a un automóvil y María abrazando a su “rápida conquista” le dijo:

—¡Viva la alegría!... y ¡viva el amor!

Y le dió largos besos... mientras emprendían veloz marcha por la ciudad nocturna.

Grayson ganó en el juego...

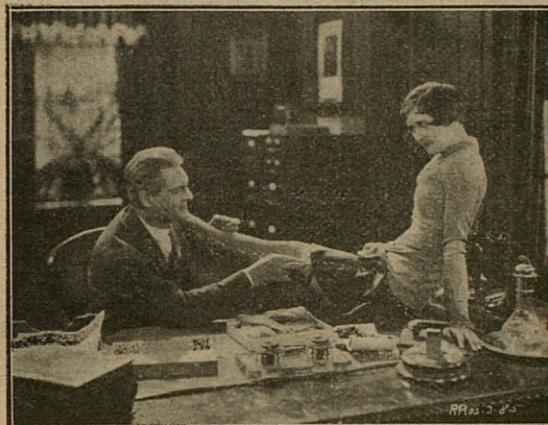
El señor Burke, aquel “místico de la moralidad”, llegó poco después al cabaret y al entrar en la sala de juego vió al digno presidente de la Liga, señor Grayson, jugando...

Puso pies en polvorosa. ¡El señor Grayson... aquel modelo de padres de familia allí!

¡Cómo estaba el mundo, Señor!

Corrieron las horas.

A eso de las tres, Larry volvió a su casa



...era esclavo de ambos vicios... y de otros más dulces!

después de haber pasado un tiempo delicioso con la divina María.

¡A aquella mujer le había encadenado con sus brazos... y hecho ya suyo! ¡Ya no podría olvidarla nunca!

Poco después, Larry vió llegar a su padre,

y dándoselas de moralista — en aquella casa los dos hombres alardeaban de esta virtud y ninguno la poseía—, vistióse rápidamente un batín y salió al vestíbulo al encuentro del autor de sus días.

—Pero, ¿es que no vas a sentar nunca la cabeza, papá?

—Hijo, es temprano aún...

—¿Temprano... y hace ya tres horas que estoy durmiendo? ¡Son las tres de la mañana! Me has tenido sumamente preocupado!

—La Liga, hijo mío...

—¿A qué liga te refieres?

—¡A la de la Moral, naturalmente!...

Pero de pronto el padre vió bajo el batín los pantalones de etiqueta de su hijo y le dijo severamente:

—¡Ah! hipócrita; y hace tres horas que duermes, ¿no? ¡Yo creo que acabas de llegar!

El chico riendo desapareció hacia su cuarto. ¡Era listo, papá, era listo!

**

El grupo de bandidos tenía su guarida en un pisito de la ciudad donde los días no eran más que inquietos intervalos entre las noches.

Maria y sus cómplices se hallaban en el piso, tumbados en sillones y leyendo.

Habían ya pasado varios días desde el primero en que Larry conoció a María y la hizo su "amiga".

Para calmar el ansia de lujo de María, el joven Larry había substraído varios objetos del almacén de su padre, como monederos, broches, pitilleras, que aunque no de gran valor, valían una suma no despreciable de dólares.

Aquella tarde Larry volvió a la guarida de María. Ella le prodigó como siempre sus labios y ardorosos besos. Era una maestra... práctica.

Mientras hablaban, trajeron unos trajes para María y como hubo que pagarlos, la joven rogó a Larry que le diese el dinero.

El accedió de mil amores...

En la habitación se hallaban los otros aliados a la banda. Larry, muchacho ingenuo, ignoraba la condición de ladrones de aquella gente y creía que la guarida era una casa de huéspedes donde todos vivían en plan de buena amistad.

De pronto uno de los cómplices se acercó a Larry y señalándole varios objetos que éste había regalado a María y que ahora estaban sobre una mesa, le dijo:

—¿Es esta miseria todo lo que puedes robar? ¿No hay ningún dinero suelto en la tienda de tu padre?

—Oh, yo no sería capaz de robar dinero! —dijo el joven, horrorizado.

María se abrazó a él y le dijo:
 —¡Hazlo por mí, amor mío, que tu María
 necesita muchas cosas!...
 —¡No, eso no!



—¡Oh, yo no sería capaz de robar dinero!
 —¡Idiota! — gritó uno de los cómplices a
 tiempo que le empujaba rudamente.
 Larry, que era timido, se dejó de nuevo ven-

cer por las caricias enloquecedoras de la diabla...

Y prometió quitar dinero a su padre para
 que María pudiera vestir bien... tener joyas...
 lujos, todo lo que su persona viciosa necesi-
 taba.

Cuando marchó, otro de los cómplices dijo:
 —¿Por qué os empeñáis en retener a nues-
 tro lado a ese imbécil?

María y los demás rieron. Uno de ellos res-
 pondió:

—¡Ese imbécil será para nosotros la mejor
 garantía, si alguna vez nos vemos comprometi-
 dos! Su padre tiene gran influencia.

Al día siguiente, Henry Grayson se hallaba
 en su despacho y leía una carta confidencial
 que acababa de recibir del detective de su al-
 macén.

*Siguiendo instrucciones logré averiguar que
 el joven Larry frecuenta un garito pandilla
 de bribones y está en relaciones con una jó-
 ven llamada María. La banda vive en la calle
 de Faltón, 124, habitaciones B.*

Preocupado, tocó el timbre y llamando a
 un dependiente, le dijo:

—Deseo ver a mi hijo tan pronto como lle-
 gue!... ¡Y que no se nos moleste!

Por primera vez comenzaba a preocupar-
 le su hijo. ¡Ay, acaso le había dado demasiadas
 alas y excesiva libertad! Aun estaba a

tiempo para hacerle retroceder en el camino emprendido...

No tardó Larry en presentarse.

—Su padre le dijo:

—Soy partidario de que te diviertas, pero esperaba que sabrías hacerlo con discreción.

—¿Qué sucede? Me parece que llevo una vida...

—¡Oh, para un altar!... Pero, no me preocupa tanto lo que haces como la gente con quien andas. ¡Y sobre todo esa jovencita!...

Larry, ciego por la pasión respondió furioso:

—¡No la juzgues antes de conocerla, papá! ¡Es la muchacha más encantadora del mundo!

—¡No seas necio, muchacho! Esa mocita pintarraneada y perfumada es una cualquier cosa...

—¡No te permito que hables así de la joven a quien amo... y no volveré a esta casa hasta que me hayas presentado tus excusas!

Y salió enfurecido mientras Grayson quedaba de mal humor... Su hijo estaba más obcecado de lo que él había creído...

Aquel día Larry no fué a comer a su casa.

—Te recomendé que tuvieras mucho cuidado con Larry — dijo su esposa —. Ya ves, todavía no ha venido a comer.

Grayson se disponía a salir...

—Debe haberle ocurrido algo, Henry — di-

jo la abuela —. ¿Y si te informaras ahora que te vas?

—¡No pases cuidado! ¡Volverá antes que yo! En el fondo es un buen chico.

Y sin dar importancia al asunto abandonó la casa para ir al cabaret, a su eterna mesa de juego, diciendo a su esposa que iba a una conferencia sobre moralidad.

Mientras tanto, Larry había vuelto a la guarida de los bandidos. María fué a su encuentro y después de darle un largo beso, le preguntó:

—¿Y el dinero?

—No me atreví a coger nada. Mi padre estaba de malas.

—¡Bah! ¡Qué cobarde! — gritó ella con una sonrisa despectiva.

—María... ¿es que no me quieras por mí mismo?

Ella se echó a reír y el joven agregó:

—Dame una nueva oportunidad, María; quiero demostrarte que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ti.

Viéndole tan débil, ella sonrió victoriosa.

—¡La tendrás! — le dijo —. Esta noche nos ayudarás a realizar un plan que tenemos.

Y María y los demás cómplices le explicaron que se trataba de ir a asaltar la partida de juego del cabaret Silver Cavern.

Larry se horrorizó.

—¡Pero, eso es un robo! — dijo —. ¡Yo no puedo!...

Uno de los cómplices le mostró los objetos que Larry había regalado a María y le dijo:

—¿Crées que el detective del almacén de tu padre pensaría bien de ti si le entregásemos todo esto? Estás en nuestro poder... eres nuestro asociado y no puedes escaparte... Además, emplearemos tu automóvil para huir luego del robo...

Larry intentó protestar, pero las amenazas y los besos infernales de María le convencieron.

Poco después llegaban al cabaret, ocupando una de las mesas. La sala del juego estaba en el piso superior.

En esta sala se hallaban varios hombres, entre ellos Grayson, que aquella noche había ganado una estupenda cantidad.

—Estás de suerte, Grayson — le dijo Brown. —Voy a traer el dinero para cambiar tus fichas y pagarte.

—Suerte? ¡Es que sé jugar! — dijo Grayson, riendo.

Brown fué a la caja registradora que estaba abajo en la gran sala del cabaret y luego se dirigió a otra caja de caudales cogiendo un puñado de billetes y volviendo a la salita de juego.

Los bandidos habían visto la maniobra y se dirigieron hacia aquella estancia, del piso superior.

María marchó al automóvil para esperar la

rápida salida de sus cómplices una vez efectuado el robo.

Seis hombres llegaron al corredor. Uno de ellos dijo a Larry, dándole un revólver:

—¡Aguarda aquí! ¡Y al que intente escapar pégale un tiro!

Larry esperó, temblando.

Los miserables penetraron en la sala de juego dando el grito de: "Manos arriba."

Grayson, Brown y los demás jugadores obedecieron asustados y fueron obligados a ponerse de cara a la pared...

Les quitaron cuanto dinero llevaban encima cortándoles después los tirantes de los pantalones a fin de que no pudieran correr con desembarazo, caso de intentar su persecución.

Uno de los jugadores tragóse un anillo antes de que se lo quitaran...

Brown, mientras despojaban al vecino de al lado, acercóse a una llave eléctrica y con todo disimulo, apretó el resorte y dejó la estancia a oscuras.

Quiso escapar y tropezó en la puerta con uno de los bandidos, quien, furioso por el fracaso, le descerrajó un tiro a quemarropa, dejándole muerto.

Luego los miserables huyeron por la gran sala del cabaret hacia la calle.

Se encendió de nuevo la luz... Se oyeron gritos... ¡Brown había muerto!

Grayson salió horrorizado al corredor, pen-

sando qué iban a decir las gentes al saber que él se encontraba entre los jugadores...

Tuvo una terrible sorpresa. Allí mismo se encontraba su hijo empuñando todavía un revólver.

—¡Tú aquí! — le dijo, asombrado.

Larry le miró también, horrorizado...

Y loco de miedo saltó por una ventana. Logró subir al automóvil de sus cómplices que emprendió loca marcha.

Henry Grayson quedó enloquecido, desesperado... ¿Su hijo con un revólver?... ¿Era tal vez el asesino de Brown?

Loco de terror, deseando hablar con su hijo, acusándose de no haberse cuidado lo suficiente de él, salió a la calle y encaminóse a la guarida de aquellos bandidos, cuya dirección le había facilitado el detective del almacén.

Los miserables acababan de llegar allí... Estaban furiosos por las complicaciones del asalto.

Uno de ellos dijo riendo:

—Si viene la policía, no olviden quien mató a José Brown.

—¿Quién? — dijo María con cinismo.

—¡El!

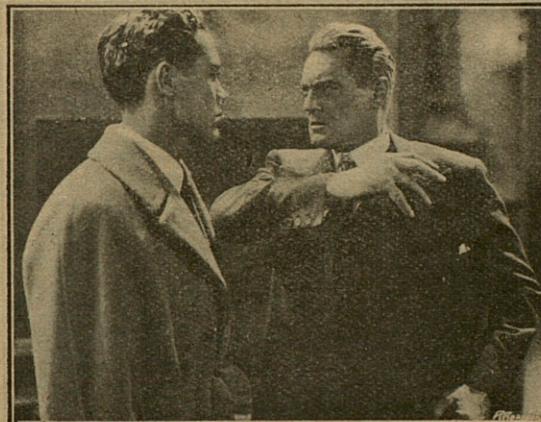
Y señalaron al pobre Larry que estaba affligido en un rincón y que levantó la cabeza ante la infamia.

—¡Yo no he sido! — dijo —. ¡Ustedes saben que yo no he sido! ¡Así se lo diré a la policía!

—¿De veras? ¡Pues intenta probarlo, cobardón!

Y de un gran puñetazo le derribaron en tierra.

Momentos después entraba el señor Grayson, quien rechazando a los miserables se lle-



—¡Tú aquí!

ó de allí a Larry, a su desgraciado primogénito.

Salieron los dos.

Por la calle Larry le explicó lo que había sucedido y cómo pretendían acusarle.

Grayson vaciló unos momentos... ¿Qué iban a hacer? Si su hijo escapaba, aquellos bandidos le delatarían y su huida se interpretaría como tácita confesión.

Larry quiso ir a la jefatura de policía a contar toda la verdad, temeroso de que sus



...se llevó de allí a Larry...

cómplices le acusaran como asesino.

Y aunque su padre se oponía a aquella determinación, acabó por acceder y le acompañó a jefatura.

Pero contra lo que ellos habían creido...

el juez decretó la prisión de Larry hasta que se aclarasen las cosas.

La policía detuvo más tarde a María y a sus cómplices, y todos ellos, con infame unanimidad, acusaron a Larry de ser el asesino de José Brown.

Y se celebró la vista de la causa...



El defensor calló. Y tras breve pausa acabó diciendo:

—He desnudado el alma de un hombre... he arrastrado por el cielo el nombre de una respetable familia, para demostrar que este joven no es sino la víctima de la extrema indulgencia de su padre.

Entre el público se produjeron comentarios... ¡Pobre Larry! La gente dada a la sensibilidad se había conmovido ante la historia de su vida.

El presidente dijo:

—El Jurado puede retirarse a deliberar...

En el banco de testigos, los Grayson pasaban momentos de angustia. Henry Grayson se acusaba de haber sido débil con su hijo... Y ¡ay! todas las pruebas eran contra Larry...

aunque éste juraba que no había efectuado el disparo.

Volvió el jurado para dictar su veredicto.

—Culpable de homicidio en segundo grado — dijo uno de sus miembros —, pero el jurado recomienda de todo corazón la mayor clemencia.

Larry lloraba.

El presidente dijo, entonces, mirando severamente a Grayson:

—El veredicto del jurado condena al muchacho, pero es a ti, Henry Grayson, al que considero culpable.

Todos los ojos miraron en dirección al padre del acusado.

—¡Si, culpable — siguió diciendo el presidente —, culpable de negligencia moral para con tu hijo y con la sociedad! ¡Ah, cómo sois los hombres! Yo te acuso, amigo, en nombre de la ley. ¡Tú, presidente de la Liga pro Conducta Moral, practicabas a escondidas, lo que pública e hipócritamente condenabas!

Y dirigiéndose luego al público, agregó:

—¡Que la caída de este joven sirva de ejemplo y advertencia a todos los padres!...

Miró otra vez a Grayson y le dijo:

—En lo sucesivo no debes hacer dejación al Estado de tu responsabilidad de padre... Por tanto, el acusado queda libre y entregado a tu custodia durante cinco años y te tendrá a ti por responsable de su porvenir.

Aquel fallo fué del agrado de todos...

Henry Grayson, arrepentido de su anterior debilidad, fué a abrazar a Larry... Si, cuidaría en lo sucesivo de él, como se debe cuidar de los hijos, vigilándolos y apartándolos del vicio que surge siempre a su paso juvenil.

La madre, la abuela y la hermana de Larry rodearon a éste. ¡Libre al fin!

Y el joven, aunque amargado porque le consideraban moralmente culpable, sonrió al verse libertado y prometió no volver nunca a las andadas.

**

Algun tiempo después descubrióse toda la verdad y el verdadero asesino de José Brown se confesó autor del disparo.

Aquello fué una inmensa satisfacción para Larry que ya se había convertido en un joven modelo y digno.

Y Henry Grayson, su padre, dejó para siempre el juego y el vino para convertirse de veras en un convencido de las ventajas de la moral.

FIN

EN BREVE
en las
SELECTAS EDICIONES ESPECIALES
de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

la sentimental novela

CUATRO HIJOS

EMOCIONANTE ASUNTO, QUE
NO DEBE FALTAR EN NINGUN
HOGAR.

16 fotografías de página en papel couché
Lujosa portada

PRODUCCIÓN TITAN FOX

B.

